

ct

Una mentira repetida

de
Cristina Colmena

(fragmento)

(Publicado en La amabilidad de los extraños, editorial C&M, 2010)

Monólogo para un actor

(Un actor vestido de príncipe medieval, el escenario y attrezzo a elección del director según necesidades de la escena, en todo caso una calavera, aunque es opcional)

Hola, buenas noches, qué tal (*habla al público, amable incluso los acomoda en la sala*) ¿cómo están? Verán, no se enfaden pero esto no es lo que parece.... No va a haber obra, lo siento, ... pidan en taquilla que les reembolsen el dinero de la entrada, pero hoy no hay obra, vamos, ni hoy ni mañana, ni nunca.... Que no, que ya estoy harto.... Dimíto, lo deajo, se acabó, ni una vez más. Igualmente entiendo que les deao una explicación y también quiero aprovechar esta oportunidad para dar mi propia versión de unos hechos, que con el pasar de los años se han distorsionado, en función siempre de la tensión dramática y de la regla de los tres actos, convirtiéndome en un auténtico fanteohe que se pasea con calaveras, mata gente sin escrúpulos y monta sesiones de espiritismo en los pasillos de palacio. Por otro lado, me gustaría también aclarar, que en modo alguno huele a podrido en Dinamarca, frase que se me ha atribuido y que ha perjudicado grandemente a la industria turística en mi país. Que quede claro, yo nunca dije eso, probablemente fuera una «licencia poética» del autor, y ya saben ustedes de qué calaña son esos ingleses: piratas y ladrones, liantes que odian a los daneses. Ah, y otra cosa, no hablo en verso. Lo siento. Les contaré mi historia, la “verdadera” historia: en realidad odiaba a mi padre. Nunca me prestó atención excusándose con los asuntos de estado, las guerras, y demás zarandajas. Me recriminaba que no fuera el típico príncipe azul y valiente, y que mis cruzadas tuvieran lugar en los prostíbulos y en las tabernas en lugar de en Tierra Santa. Para hacerme sufrir, decía que no se iba a morir nunca y que antes de dejarme la corona, proclamaba la república, porque yo era un inútil y no valía ni para rey. Me eran insoportables sus aires de grandeza, todo el día con el cetro y la corona, que así tenía la espalda, con tanto metal precioso encima... y la reverencia y el «alteza» obligatorios hasta para que me pasara la mantequilla en el desayuno. En fin, que no podía aguantarlo más. Mis planes eran conquistar mi propio país e irme de Elsinger, hacerme tirano independiente o algún otro puesto de relumbre en las altas jerarquías del medioevo, así tuviera que casarme con alguna heredera fea y con mal aliento. Pero de repente —y aquí empieza lo que es propiamente dicha la tragedia— mi padre muere, y está mal que yo lo diga, pero para mí fue un respiro. Mi tío Claudio aprovechó la coyuntura, se autoproclamó rey, y con poco disimulo, la verdad, contrajo nupcias con mi madre a la que hacía años visitaba en sus aposentos, con una frecuencia infame incluso para la nobleza más depravada. Todos sabían ya de las liviandades de mi madre, e incluso durante algún tiempo corrieron rumores de que yo era fruto del adulterio, hasta que la indudable y prominente nariz de pimienta de mi padre afloró en mi cara como un sello de fábrica. De todas formas, el rey siguió siendo un cornudo consentido y un calzonazos toda su vida, y es más, se dijo siempre que los designios de Dinamarca los trazaba cada noche Claudio en la alcoba de mi madre. En Elsinger, las malas lenguas dijeron que tan misteriosa muerte sólo podía deberse a la típica traición entre hermanos de rancio abolengo. Para los no familiarizados con el funcionamiento de las casas reales, explicaré que las intrigas palaciegas son un ingrediente esencial de cualquier corte que se precie, si no, los lacayos, bufones y damas se nos van a la competencia; por eso hay que tenerlos contentos y de vez en cuando montar alguna pantomima para que no se nos aburran y tengan algo que comentar. Pero nadie se indignaba, ni denunciaba el crimen, tan sólo eran habladoras. Callaban porque todos viven a costa del estado, y para seguir con la sopa boba y las grandezas de la corte, tan sólo hay que adaptarse a las circunstancias cuando sobreviene cualquier invasión, derrocamiento o usurpación, y continuar llamando majestad al déspota que eventualmente venga a ocupar el cargo. En fin, que todo el mundo miraba para otro lado, y yo también, la verdad, al fin y al cabo a mí no me caía mal el tío Claudio, aunque se empeñara en contar chistes sin gracia en los banquetes. Aún

así, se me hacía más soportable que mi difunto padre, siempre con sus manías persecutorias, cuchicheando por los pasillos, hablando continuamente de conspiraciones, de boicot y de tramas judeomasónicas para derribarle del trono. Irónicamente, al final sí que tuvo razón el desdichado. Total, que yo, entre que no me convenía y que casi que me alegré, me hice al principio el tonto con lo del tema de la venganza. Yo quería una vida tranquila sin meterme en líos, hasta que aparece el fantasma y me dice que si tengo que vengarme, que si mi tío cual, que si mi madre pascual... en fin, un marrón. Y ya me ven ustedes allí, en medio de esas murallas, muerto de frío... acojonado, la verdad... tampoco iba a decir que no... En fin, imagínense ustedes el papelón. Así que yo, hago un poco el paripé y me dedico a deambular por las galerías de palacio con una calavera en la mano, en plan dubitativo, en plan profundo, que si ser o no ser... a ver si el fantasma me deja tranquilo, que me tenía frito con lo de vengarse y vengarse... encontrándomelo en cada esquina, dándome sustos cada dos por tres...